

CAPÍTULO SEXTO

ABAD REGULAR

Constituido como abad regular, Rancé comenzó a dedicarse totalmente a la reforma de su comunidad. Para hacer esto, sin estar acosado por las preocupaciones materiales de su abadía, nombró ecónomo a Robert Prudhomme, uno de los monjes que lo había seguido de Perseigne. Parecía que todo caminaba según sus proyectos, del modo más tranquilo y en la paz conquistada con tanta dificultad. Pero he aquí que, una vez más, le sorprendieron las solicitudes de sus superiores. Hacía cinco semanas que estaba en la Trapa, cuando tuvo que marchar a París, al Colegio de S. Bernardo, a la reunión de los superiores de los abstinentes.

Pero acudamos una vez más a las noticias históricas, para entender del todo la importancia y la gravedad de esta nueva etapa en la vida de Rancé.

La decisión del consejo de estado del 18 de junio de 1661 había hecho inmediata la ejecución del decreto del parlamento de París, favorable a los Decretos de La Rochefoucauld. Como hemos dicho más arriba, la 'común observancia' obtuvo de Alejandro VII, el 21 de noviembre de 1661, un Breve que encargaba el estudio del caso a una comisión episcopal. También Claude Vaussin¹ acudió a Roma, y fue recibido por el Papa el 29 de noviembre del mismo año. Consiguió que le aprobara el inicio de una reforma general, con lo que el Breve del 21 de noviembre fue anulado por otro de 5 de diciembre; y el 16 de enero hubo un tercero, que reafirmaba la legitimidad de la dispensa de abstinencia perpetua de carne, condenaba ciertas prácticas de la *estricta observancia*, invalidaba los Decretos de La Rochefoucauld, aprobaba el deseo de Claude Vaussin de una reforma general, por medio de una congregación romana especial, y pedía a todas las personas cualificadas de la Orden que expresaran su parecer en el plazo de tres meses. Por desgracia, los abades de la 'estricta observancia' no quisieron seguir este camino y apelaron al rey y al parlamento contra el Breve papal del 16 de enero. A partir de aquí, se sucedieron años de luchas encarnizadas y ataques, en los cuales, con toda seguridad, la caridad no ocupaba el puesto de honor. Es de notar que en estas controversias no todos los abades participaron del encendido galicanismo de Jean Jouaud. Además, la polémica se polarizó, con bastante ruido, por una creciente rivalidad entre el abad Vaussin, del Císter, y el abad Jouaud, de Prières, y acabó reflejándose en encuentros físicos, relativamente frecuentes, entre los respectivos secuaces, como había acaecido recientemente en Champagne, donde habían enviado al novicio Rancé para recuperar la paz.

Como ocurre en todas las disputas que se prolongan por más de dos generaciones, también en este caso cada una de las partes estaba parapetada tras rígidas posiciones. Antes que nada, reinaba el deseo de afianzarse y tener poder, y, sólo en segundo lugar, la búsqueda a toda costa de la manera de salvaguardar las costumbres de cada observancia².

Desde su fundación y sucesiva expansión con S. Bernardo, la Orden del Císter estuvo siempre centralizada. La casa madre del Císter³ proveyó de Abades a muchos centenares de casas en toda Europa. Las cuatro primeras hijas del Císter, Claraval era una de éstas, con sus abades guiaron y controlaron regularmente, por medio de visitantes y de padres cercanos, las respectivas filiales. El capítulo general se celebró

siempre en el Císter, y la primera y principal casa de estudios de la Orden fue el colegio de S. Bernardo de París. Por tanto, históricamente, la Orden cisterciense formó un cuerpo internacional, con un cuartel general en Francia, y superiores principales siempre franceses. Precisamente por esta peculiaridad, si los reformadores hubieran conseguido conquistar el control de la Orden en el Císter y en Claraval, las consecuencias habrían ido mucho más allá de las fronteras francesas. Idealmente, los reformadores hubieran querido que su estilo de vida fuera adoptado dentro de la Orden, pero, ya que esto era evidentemente imposible, solicitaron la autonomía bajo la guía de los superiores del Císter y la posibilidad de aumentar al máximo el número de monasterios franceses, contando, claramente, con el hecho de que, si los monasterios reformados hubieran sido muy numerosos, la autoridad central de la *común observancia* no hubiera podido subsistir. La reforma manifestaba una gran vitalidad, y sus opositores hicieron lo posible por detenerla. En esto se vieron ayudados por circunstancias del todo imprevisibles y externas a la Orden.

La política de los reyes de Francia impidió nuevas fundaciones monásticas por motivos financieros; así, durante cerca de cincuenta años, hubo un número fijo de monasterios, que gozaban de los ingresos provenientes de tierras y otros beneficios. Estas casas estaban habitadas por monjes, que se diferenciaban mucho en cuanto a número y calidad de vida, sobre todo en las zonas devastadas por la guerra. En un lugar como el colegio de S. Bernardo de París, que fue financiado con un impuesto cobrado en todas las casas de la Orden, la cohabitación de los monjes pertenecientes a las dos observancias pronto se reveló extremadamente difícil.

En este contexto, el punto que debía aclararse lo antes posible era el de una fuerte organización de la propiedad, y la delimitación práctica de la jurisdicción. Los abstinentes deseaban tener un vicario general propio, cargo que en aquel momento desempeñaba Jean Jouaud, y celebrar capítulos generales por separado. Además, deberían ser enviados fuera, o transferidos de las casas reformadas, todos aquellos monjes que no hubieran aceptado las nuevas disposiciones. Si se presentaran novicios, deberían recibir la formación monástica en casas reformadas, de tal forma que pudieran alcanzar la superioridad numérica sobre la 'común observancia' en Francia. En aquel momento los reformados tenían cincuenta casas, de doscientas.

Estas demandas y contrademandas fueron la razón que indujo a los superiores a enviar a Rancé a Roma, para defender la causa de los 'reformados'.

A pesar de los esfuerzos realizados por los más recientes investigadores, el problema fundamental que exacerbaba los ánimos en aquel momento queda todavía por aclarar. Según la *común observancia* del siglo XVII y sus representantes actuales, la única diferencia continúa siendo *el comer carne*; todos los demás puntos, reclamados por los abstinentes, se consideraron secundarios, irrelevantes, o simplemente falsos. Como consecuencia de esta convicción, vino la denominación de *abstinentes*, dada a los reformadores, a la cual ellos respondieron llamándoles *mitigados* y no reformados. Es muy difícil llegar a entender, a la luz de la verdad, hasta qué punto se pueda mantener esta interpretación.

Aunque ya se había apoderado de los reformados una fuerte emotividad, que la manifestaban con sus críticas fogosas acerca del *laxismo* de los no reformados, éstos se apoyaron siempre en hechos concretos para justificar su toma de posición. Su reproche constante fue que la verdadera Regla cisterciense era la de S. Benito, tal como fue

interpretada y adaptada por los primeros Usos del Císter, la Charta Charitatis. Ellos, además seguían diciendo *Monastica vita poenitentiam est*⁴, citando uno de los documentos sometidos a la comisión pontificia en 1664. Como todos los reformadores, ellos se remontaban a las fuentes, rehusando aceptar cualquier cambio, como las mitigaciones de la primitiva regla, incompatibles con el espíritu de la penitencia voluntaria. A este propósito, en cuanto se refiere a 'comer carne', es innegable que la aprobación papal fue concedida sólo en el siglo XV, aunque, con toda probabilidad, aquella no fue sino el reconocimiento tardío de un estado de cosas que se remontaba a mucho tiempo atrás y, si queremos, no debido al laxismo, con toda seguridad, sino más bien a una necesidad causada por las dramáticas condiciones en las que se veían obligados a vivir los monasterios en un determinado momento histórico⁵.

En el siglo XVII, el contexto monástico para quien deseaba entrar y formar parte de él había adquirido el significado de vida más perfecta, más austera. Para la Orden cisterciense, una entre otras muchas que habían emprendido la reforma, resultó imposible mantener el 'status quo', de donde provino todo el afán interno que estamos intentando describir.

Los reformadores cistercienses, anticipándose a Rancé, habían puesto el acento sobre la importancia del aspecto penitencial, haciendo de él la base de su espiritualidad, espoleados en esto por la reforma de los *Feuillants*⁶. Por eso condenaron cualquier concesión a la fragilidad humana, proclamando que la vida de oración debe situarse en un contexto de absoluta mortificación física, no porque las mortificaciones externas tengan algún valor intrínseco, sino porque son la primera señal de un corazón contrito.

Un documento de 1657 pone en su debido lugar el problema de la abstinencia de carne, pero enumera al menos once puntos sobre los que discutir: El ayuno, y no sólo la abstinencia de carne. El hábito. El sueño. El dormir completamente vestidos. El levantarse a las dos de la noche. El trabajo manual. El silencio absoluto, excepto durante la hora de la recreación permitida. La lectura espiritual diaria. La soledad en el interior de la clausura. La oración privada. La pobreza absoluta⁷.

El mismo documento sigue admitiendo que en el Císter y en Claraval el tenor de vida era edificante, y ciertamente era también así en otras casas, pero no podemos ocultar que no sólo el punto de la abstinencia de carne era incandescente, sino que lo eran igualmente los del ayuno, el silencio y el trabajo manual. A pesar de las exageraciones inevitables, está claro que los reformadores tenían un programa coherente y, según ellos, rechazado por la *común observancia*. Dónde estaba la razón, o qué monjes eran mejores, no podemos ciertamente determinarlo aquí, pero es importante abarcar bien la amplitud del problema, para entender mejor la posterior línea de conducta de Rancé en la Trapa.

El debate, como hemos visto, había alcanzado un aspecto bastante dramático, y todos aguardaban una decisión que viniera de fuera de la Orden.

En un último análisis, aunque esto pueda parecer paradójico, el consejo de estado, el 3 de julio de 1664, remitió a las dos partes ante la comisión papal propuesta por el *Breve*.

Claude Vaussin fue a Roma una vez más, mientras los abades de la *stricta observancia* se reunían en el colegio de S. Bernardo de París, y con ellos estaba también el abad Rancé⁸.

Conozcamos claramente el pensamiento de Rancé sobre la reforma que se estaba realizando en la Orden. El año de permanencia en Perseigne y la rápida incursión a Champagne debieron darle un conocimiento más directo acerca de las disputas y las divisiones internas de la Orden, pero su experiencia sobre este punto de vida monástica también era casi inexistente. En estas condiciones de pobre principiante, se presentó en la reunión de París, no imaginando ni de lejos lo que le esperaba.

En realidad la asamblea de abades abstinentes no le conocía mucho, y quizá temía a este abad joven, ilustre y completamente determinado en sus propósitos; sin embargo decidió servirse de él y de sus numerosas amistades. Por tanto, lo eligió por aclamación como su primer representante para defender la causa de la reforma ante la corte de Roma. De nada sirvieron las excusas más vehementes de Rancé, que no quería verse envuelto en esta amarga controversia. Al final obedeció, esperando en secreto que la misión fuera de muy poca duración. ¡Iba a permanecer ausente por más de veintidós meses!

Volvió a la Trapa para transmitir las consignas a su prior, y después, a disgusto, se dirigió nuevamente poco a poco camino de Roma. Le fue dado por compañero, en esta que se revelará como una verdadera aventura, don Dominique George, abad de Val-Richer⁹, que también se había hecho monje a edad no muy joven, dejando el mundo cuando estaba en la cima de los honores. Había sucedido en el cargo abacial, aunque como abad regular, a su amigo J.B. La Place, abad comendatario.

Las buenas relaciones del abad Georges con los jesuitas, y de Rancé con los oratorianos de Port-Royal, ofrecían muchas posibilidades de apoyo en favor de la empresa a ellos encomendada. Ambos eran muy conocidos dentro y fuera de la Orden, circunstancia que pareció importante a los treinta y dos abades reformados, que tenían mucho la habilidad de las negociaciones que el abad del Císter estaba desplegando en la corte de Roma. La punta de lanza de la misión era Rancé; don Dominique, más experimentado en la vida monástica, de temperamento más tranquilo y más adaptado al diálogo, debería secundarlo y sostenerlo con su experiencia.

Nuestro joven abad se puso, pues, en camino lentamente. Era a principios de octubre. Pasó primero por Commercy, a casa del amigo Retz, que tenían aún fuertes amistades en la corte romana. Se unió luego a Val-Richer, y Félibien, en Châlons-sur-Saône. En Milán, en Bolonia y en Florencia visitaron lugares y tumbas de los grandes santos, a los cuales encomendaron su misión: S. Agustín, Santa Catalina, Santo Domingo. Por fin, llegaron a la Ciudad Eterna el 12 de noviembre. Allí fue el comienzo de largas e interminables tramitaciones burocráticas para solicitar audiencias: largas esperas, negativas, asentimientos trabajosos y pocas palabras de aliento. Después, la enfermedad del Papa, las promesas, las esperanzas, las discusiones, las desilusiones y, por último, el cansancio y la seguridad del fracaso, cuando comenzó a circular la voz, que luego resultó ser falsa, de un Breve papal que habría abolido la reforma en Francia. Era el 20 de enero de 1665. Rancé se rindió, y llorando emprendió el camino de retorno.

Sobre los éxitos y fracasos de este viaje se han gastado ríos de tinta, para buscar las motivaciones de un fracaso tan rotundo, sufrido por los enviados de la 'estricta observancia'. La apuesta era muy fuerte; se trataba nada menos que de la unidad de la entera Orden cisterciense. Sabemos bien, pero dejaremos los particulares para el apéndice, que la obra de la reforma tenía ya una historia muy larga e importante, estrechamente ligada a las alternativas de la historia francesa. En los últimos decenios,

al acentuarse la lucha entre las dos observancias, el recurso a los organismos del estado, para dirimir los diversos conflictos, había permitido cada vez más al poder civil entrar en la dirección de la Orden, y sobre todo la *estricta observancia* estaba vista en Roma como la defensora de un acercamiento al galicanismo. Todo esto sonaba muy mal en la corte romana. Rancé se dio pronto cuenta de hábiles manejos, alianzas buscadas en las altas esferas, tentativas repetidas para llegar al Papa y obtener su aprobación, llevadas a cabo por el astuto Vaussin, general de la Orde. Ante esta situación, no podemos ocultar que el temperamento de Rancé no era el más apropiado para las largas negociaciones y sutilezas diplomáticas. Él actuó de forma muy rápida, para obtener un compromiso con respecto a sí mismo y a la propia *observancia*, a fin de concluir lo antes posible los pleitos, que distraían a los monjes de sus obligaciones religiosas. Muchos personajes habían escrito a Roma a favor suyo: Ana de Austria, la viuda y la hija de Gaston de Orleans, madame Longueville, Retz, y todos sus amigos personales. Indudablemente Jouaud sabía que la influencia “en lugar alto” sería determinante.

Por su parte, Vaussin había sido aconsejado hábilmente por Jean Malgoirez, procurador cisterciense, quien, seguro por su experiencia romana de treinta años, tenía un conocimiento muy amplio de la Orden y de las repercusiones que una posible secesión de los ‘reformadores’ habría tenido fuera de Francia. Los acontecimientos de los Feuillants y los Bernardinos italianos y españoles de los siglos precedentes habían hecho historia.

Rancé, impaciente y frustrado, como hemos visto, había dejado Roma improvisadamente en febrero de 1665. Él, es verdad, había encontrado la ayuda de amigos poderosos en la corte papal, sobre todo el follante Cardenal Bona¹⁰; pero la forma de trabajo, más que lenta, de la curia romana, no le habría permitido esperar una rápida respuesta. Rancé, escribiendo a la madre Louise, dirá claramente: “No lo he hecho por pasión o porque estuviera desesperado, sino que he respetado el modo de obrar de los otros¹¹”. Probablemente pensó que su improvisada salida habría causado también la salida inmediata de Vaussin, que, de hecho, dejó Roma inmediatamente después de él. Vaussin temía probablemente los beneplácitos que Rancé habría podido cosechar en Francia. El retorno de Rancé no fue más allá de Lión, por el hecho de que, estando en esta ciudad, le llegaron las cartas de sus superiores, que le obligaban volver sobre sus pasos. En París y en Roma se había levantado enseguida una gran polvareda contra este ‘hombre inflexible’, ‘obstinado en su propio modo de ver las cosas, y pésimo negociador’.

Entre tanto, en su ausencia, Val-Richer había seguido una línea mucho más tranquila, y no estaba todo perdido. El 13 de junio llegó a Roma el mismo Retz, y fue una presencia providencial, pues había acontecido una circunstancia inesperada, que había puesto de nuevo la atmósfera al rojo vivo. Jouaud había presidido en París la defensa de la tesis de un monje de Perseigne, y le había otorgado el diploma. Y resulta que en la tesis se atacaba la infalibilidad del Papa. En este momento histórico, aunque fuera sólo la sospecha de galicismo, podía pesar negativamente sobre cualquiera, y si bien la reacción no parece que fue tan airada como algún historiador quiere hacer creer, es cierto que el hecho, referido en la corte por el nuncio, no contribuyó a mejorar el ambiente que rodeaba a Rancé.

El largo y caluroso verano pasó lento y triste. Rancé abominó de cada instante. Los oratorianos de Roma, a cuya iglesia iba a celebrar la Misa, demostraron ser falsos

amigos. Las casas cistercienses de Roma y alrededores lo disgustaron. Las piadosas peregrinaciones que hizo a las tumbas de los mártires, y también a Subiaco, le aportaron escaso consuelo. Las divergencias en su familia, por la división de la herencia paterna, se agravaron después de la muerte imprevista de su hermana María, condesa de Vernassal, ocurrida en octubre. Rancé escribió con tristeza: “Nuestros asuntos se están haciendo eternos: Roma me resulta insoportable, como en otro tiempo lo fue la corte¹²”. Y, puesto que las desgracias nunca vienen solas, Ana de Austria murió el 20 de enero de 1666, privando así a Jouaud de su más poderoso apoyo, y a Rancé le quedaron bien pocas esperanzas de éxito en su misión. Los biógrafos afirman que, convencido de que no había futuro para la reforma, pidió un Breve del Papa, que le autorizase a entrar en la Gran Cartuja. Actualmente ya no se conservan trazas de este documento: muy probablemente se conservó en la Trapa hasta la revolución francesa, y después se perdió. Pero el hecho parece posible, y describe muy bien el estado de ánimo de Rancé. En este momento crucial, la reforma encontró un defensor inesperado en Retz, quien disuadió a su amigo de que prosiguiera su propósito de retirarse a la Cartuja; más aún, le obligó a que prometiera que sólo lo pondría en práctica si el Císter le hostigaba en la reforma de la Trapa. Se despidió, pues, del Papa el 21 de febrero de 1666, e inició el viaje de retorno a Francia, pasando por Florencia. Tuvo la desgracia de tener como compañero de viaje a Nicaise¹³, que entraría en su vida más tarde, en otras circunstancias. Un desvío a Claraval le permitió visitar la tumba de S. Bernardo. Llegó a París a finales de abril, para dar cuenta de su misión a los abades, hermanos suyos.

Su mensaje produjo una pequeña alegría en la asamblea, porque las deliberaciones de la comisión creada para la cuestión cisterciense habían sido publicadas en el Breve *In suprema*, del 19 de abril de 1666¹⁴. Este documento influyó de modo imperceptible sobre la regla de la *común observancia*; en cambio, privó a los abstinentes de casi todas las conquistas alcanzadas. Éstos perdieron el derecho de elegir su propio vicario y de celebrar capítulos separados; consiguieron tener visitadores propios, nombrados, sin embargo, por el capítulo general, y les fueron concedidos diez definidores en el mismo capítulo, exactamente como a la *común observancia*. El Breve regularizó la posición de los abstinentes, confirmando, por ejemplo, su profesión, y evitando así su expulsión de la Orden. Claramente se daban cuenta de que se había obtenido bien poco respecto a las esperanzas que habían alimentado, pero también se veía que no hubieran obtenido mucho más en lo sucesivo. Los abades reunidos vieron claro que el Breve era para ellos la única defensa eficaz contra una ulterior disminución de la importancia de su reforma, y, por consiguiente, se le podía considerar como un compromiso razonable.

Después de estos acontecimientos, durante casi un año Rancé gozó de una relativa tranquilidad, que le sirvió para poner un poco de orden en el monasterio. Llegó allí el 5 de junio, y salió un año después para dirigirse al capítulo general del Císter. El período de Roma, aunque fue muy deprimente, había tenido el aspecto positivo, no desdeñable, de hacerle ver claramente las condiciones de la Orden en su conjunto. Le había dado una experiencia de vida monástica que no había conseguido tener durante el año de su formación en Perseigne. Aprendió también, sin ningún género de duda, lo que significaba dirigir negocios de alto nivel, y nunca más se dejó involucrar en una situación semejante. Conoció hasta en los más mínimos detalles los programas de los reformadores, cada cláusula y contracláusula, y tuvo que darse cuenta de que cada una

de las prescripciones estaba en relación directa con los primeros usos cistercienses. Sólo en estos meses romanos, pocos en realidad, y en el año de noviciado, Rancé pudo estudiar y profundizar interiormente la espiritualidad cisterciense; y no parece inútil hacer esta observación, porque la carga que le esperaba era temible, y el grueso de su inexperiencia, verdaderamente grande.

Durante su ausencia había estado en contacto con la Trapa, como lo atestiguan algunas cartas suyas. De las directivas que él impartió a su prior, resulta claro que su constante preocupación fue alentar a sus monjes a que siguieran la regla de los *abstinentes*¹⁵, considerándola como el mínimo irrenunciable para llevar una vida monástica decorosa. Desde que volvió de Roma, no hubo ya ni siquiera la mínima sombra sobre la fidelidad monástica en la Trapa; la única perspectiva admitida era la entrega total de sí mismo. En este año de permanencia tranquila y continua en su monasterio, Rancé se dedicó a la vida espiritual y material de su casa y de sus monjes, y el sentido profundo de su vocación salió de allí bien definido. En 1667 participó en su primer y último capítulo general en el Císter, y ésta fue también una etapa decisiva en su camino. Este capítulo general, muy esperado por los superiores, tenía como tema principal el conocimiento y la aprobación del Breve *In suprema*. Rancé, nombrado definidor de los *abstinentes*, replicó a la relación oficial de lo que había sucedido en Roma, y protestó vivamente contra las afirmaciones del Breve, que tanto habían disgustado a sus co-abades. Su protesta, aun en la redacción impersonal del borrador latino, era tan vigorosa que ninguno de los presentes tuvo ya dudas acerca de la altura moral del nuevo miembro del capítulo. En lo sucesivo, Vaussin intentó poner paz, ofreciendo a Rancé el cargo de visitador; pero muy pronto pudo darse cuenta de que el abad de la Trapa no era persona a quien se pudiera comprar, aunque fuera con las mejores intenciones. La conducta de Rancé en el capítulo general tuvo una enorme resonancia. No podía ya quedar ninguna duda sobre su extraordinaria personalidad. La 'común observancia' depuso ya toda posible ilusión de lograr eliminar una oposición limpia, y Rancé se constituyó en cabeza de aquella batalla, que continuaría muy vigorosa, contra el Breve, especialmente en las futuras apelaciones al rey y al parlamento. Esta imprevista notoriedad suya fue muy importante para el reclutamiento de la Trapa. Don Rigobert Leveque y don Jean-François Cornuty¹⁶ habían ido ya a compartir su estilo de vida, y muchos otros lo harían, cada vez más numerosos. Otra consecuencia de la propagación de la fama de Rancé fue la visita del abad del monasterio de Sept-Fons.

Eustache de Beaufort¹⁷ había vivido, casi al mismo tiempo que Rancé, una conversión semejante a la suya, y ahora estaba intentando la reforma de su abadía. Rancé lo acogió fraternalmente, pero enseguida le fue muy claro: Tendría que continuar su empresa y llevar a término la reforma de su abadía; por consiguiente, nada de dimisiones para entrar en la Trapa. Le concedió dos o tres monjes de la Trapa para que lo ayudasen en Sept-Fons, y se ofreció a recibir algunos de sus monjes, con el fin de que fueran formados en la Trapa.

Durante los años siguientes, la tarea de nuestro reformador estuvo toda ella dedicada a consolidar la reforma en su casa, y a procurar el reclutamiento para ella. En poco tiempo la Trapa se hizo famosa como su abad, y cada vez fueron más numerosas las solicitudes de postulantes para entrar en el monasterio.

¹NOTAS

¹ Abad del Císter y, por consiguiente, también general de la Orden.

² L. Lekai, *Rise of the Cistercian Étroite Observance in the XVIIth century in France*, Washington 1968, c. VI-XI.

³ La Orden del Císter fue fundada en 1098 por Roberto de Molesme. Las primeras cuatro hijas del Císter fueron, en este orden: La Ferté-sur-Grosse, en el bosque de Bragny, al suroeste de Châlons (1113), Pontigny-sur-Sereine, en el bosque de Auxerre (1114), Claraval, fundada por S. Bernardo en 1115 y Morimond, en el mismo año.

⁴ Nguyen-Dinh-Tuyen, *Histoire des controverses à Rome ... (1662-1666)*, in « Analecta »XXVI, 1970, p. 102.

⁵ Sobre este tema, se encuentran noticias exhaustivas en P. Zakar, *Histoire de la Stricte Observance de l'Ordre Cistercien (1606-1635)*, Rome 1966, p. 40. Las guerras de religión fueron causa de enormes destrucciones, y causaron muchos mártires entre los monjes que no quisieron abjurar.

⁶ Juan de la Barrière, abad del monasterio de Feuillant, cerca de Tolosa, reformó su casa y tuvo la aprobación de Sixto V en 1586. De esta reforma nació el orden de los Follantes, que se extinguió con la revolución francesa. Fue famosa por el rigor extremo de su observancia

⁷ El documento de 1657 lleva el título: *Réponse aux dernières objections des premiers Abbés ...*, p. 6-7.

⁸ Cfr., Nguyen-Dinh-Tuyen, *Histoire des controverses...*, cit.; L.Lekai, *Rise of the Cistercian ...*, cit.; J. D. Leloczky, *Constitutiones et Acta Strictioris Observantiae Ordinis Cisterciensis (1624-1684)*, Roma 1967.

⁹ Dominique Georges, nacido en 1613, fue abad de Val-Richer de 1652 a 1693.

¹⁰ Juan Bona (1609-1674), fue creado cardenal en 1669 por Clemente IX. Enemigo de cualquier relajamiento, fue gran amigo de Rancé, con quien compartía muchos puntos de vista.

¹¹ Corr., para una religiosa [Madre Louise Rogier], 8 de Junio de 1665, p. 232.

¹² Ibid., 15 de Octubre de 1665, p. 246-247.

¹³ Claude Nicaise (1625-1701), canónigo de la Sainte Chapelle de Dijon, fue un personaje charlatán y de una incontinente indiscreción. Aunque muy amigo de Rancé, le causó involuntariamente muchos quebraderos de cabeza.

¹⁴ El texto de este Breve, con oportunas anotaciones, se puede encontrar en: Nguyen-Dinh-Tuyen, o.c., p. 223-241.

¹⁵ Corr., para los religiosos de la Trapa, 20 de Agosto de 1665, p. 238-240.

¹⁶ Jean-François Cornuty (1641-1707), professo dell'Abbazia di Tamié. Entrò alla Trappa nel 1665 dopo aver abbandonato il proprio Abate che aveva accompagnato al Collegio S.Bernardo di Parigi.

¹⁷ Eustache de Beaufort (1636-1709) fu Abate dal 1654. Dopo la conversione decise, probabilmente nel 1663, di riformare la propria Abbazia di Sept-Fons nella diocesi di Autun.